

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 66.—1.º de Diciembre de 1872.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

ADVERTENCIA.

La persona encargada de redactar los artículos dando las gracias por donativos de ropas y dinero para los pobres que tienen frio, está desgraciadamente enferma y no puede cumplir este grato encargo en el presente número.

UN PALACIO Y UNA CARCEL.

Se ha publicado recientemente un Real decreto, convocando la Exposicion general española de industria y arte, que ha de celebrarse en Madrid el 1.º de mayo de 1875, y se ha creado para la realizacion de este pensamiento una Junta, donde figuran personas eminentes por sus talentos y por su competencia en la materia. El palacio para la Exposicion será un edificio permanente, situado en los terrenos procedentes del Buen Retiro, y los gastos para su construccion se sufragarán con diversas subvenciones y recursos que el Real decreto establece.

Bajo cierto punto de vista, y como buenos españoles, nos complace este proyecto, que ha de redundar en gloria de nuestra patria, y en provecho del país trabajador. Aunque en esa Exposicion no podamos hacer alardes tan ostentosos de nuestros adelantos como los que hicieron Inglaterra en 1851, Francia en 1867 y como Austria se dispone á hacer en la primavera próxima, creemos sin embargo que algo importante podrán presentar los artistas y los industriales españoles, y mas aún los agricultores si la Exposicion se hace extensiva á los productos de este ramo, consiguiéndose con ello sean mas buscados y mejor apreciados que lo son en el dia.

Pero si la perspectiva de la Exposicion considerada aislada-

mente nos sugiere estas ideas, nos las inspira de muy distinto carácter, si ese grande acontecimiento se relaciona con la situación de nuestro país bajo otros puntos de vista y especialmente en triste y lamentable cotejo con el estado de nuestros establecimientos penales.

Hay iniciativa, hay entusiasmo, hay recursos para levantar un magnífico palacio destinado á la Exposición de manufacturas, y solo hay olvido, indiferencia y Tesoro exhausto cuando se trata de una simple cárcel destinada á reos presuntos. Deplorable comparación podrá hacerse entre el grandioso edificio que va á construirse de nueva planta y el viejo *Saladero*, tan tristemente célebre. bajo todos conceptos, legado de una época de atraso que la nuestra de fabulosos progresos no ha conseguido ni reemplazar ni mejorar siquiera.

Los extranjeros, que en el año 75 vengán á visitar nuestra Exposición, admirarán aquel edificio monumental, que ha de ser permanente segun dice el Real decreto y no transitorio como lo fue el del campo de Marte en París; esos frondosos alrededores del Buen Retiro, tan deliciosos en el mes de Mayo, esos hermosos paseos del Prado, Recoletos y Fuente Castellana; los palacios que cada dia se construyen en ellos; los elegantes barrios con que se va extendiendo por aquella parte la villa coronada; los nuevos teatros, los nuevos cafés y tantos lugares y tantos objetos, nuevos ó renovados, que tienen por objeto el placer ó el bienestar material de los hombres libres y felices.

Pero los que quieran profundizar algo mas el estudio de nuestras costumbres y de nuestro estado social, preguntarán por los templos, por los establecimientos de beneficencia y enseñanza y tal vez por los penales. ¡Ah! ¡Qué triste desencanto hallarán los curiosos viajeros sobre este último punto, cuando los amigos ó acompañantes no puedan prescindir de llevarles á la cárcel de la plaza de Santa Bárbara! Aconsejamos á la autoridad que prohiba entonces la entrada de tales curiosos en la cárcel; vale mas que nos tachen de ridículos, que no hacer público á todo el mundo, por medio de las noticias de los viajeros y de las columnas de los periódicos, lo que son en el siglo XIX las cárceles de España y que pasen á formar como una especie de refrán ó adagio, para representar gráficamente una cosa muy mala.

Parece que preside á este ramo una verdadera fatalidad. No hay que culpar á un partido, á una época dada, á un Ministro, á un Director ó á un Gobernador espresamente. El mal es tan antiguo y viene continuado tan sin esperanza de remedio, que la complicidad del mismo alcanza á todos.

Inútil es que los periódicos denuncien las escenas repugnantes del Saladero, que las autoridades y los tribunales de justicia lo vean en las visitas y en los procesos, que alguna voz débil, pero hija del buen deseo, clame un día y otro por la reforma y mejora de este ramo, único quizás irreformado del siglo actual. La voz y la queja quedan desatendidas y solo encuentran el eco de un silencio desdeñoso.

Y sin embargo, lo repetimos una vez más, allí, en esa especie de mazmorra que se llama cárcel de la capital de España, hay 500 ó 600 infelices hermanos nuestros, dignos de compasión si son delincuentes porque el castigo no está reñido con la compasión, y mucho más dignos de ella si son inocentes: allí podemos ir algún día todos, aunque nos creamos tan honrados como el que más lo sea: allí se conspira contra la sociedad, fraguando criminales tentativas, falsificaciones escandalosas y toda clase de atentados: allí se alecciona y se pervierte á la juventud viciosa é inesperta para que vuelva luego á la sociedad con mayores recursos para dañarla: allí, en fin, hay criaturas humanas, hermanos nuestros, tratados casi como fieras, mientras no faltan en el mundo animales cuidados con más asiduidad que la que hoy se tiene con los pobres presos.

Como esto no son vanas declamaciones sino hechos positivos que están á la vista de todo el que quiera observarlos, cuando alguna vez se consigue entablar discusión sobre ellos con las personas que pueden influir en el remedio, se alega como disculpa ó como excusa concluyente la suprema razón de que España es una nación pobre, que tiene treinta mil millones de deuda, que lucha para nivelar su presupuesto sin conseguirlo, y que puesto que sufren escaseces y penalidades el clero, el magisterio, las clases pasivas y tantas personas de la sociedad honrada, no puede evitarse el que suceda lo mismo á los criminales y á los presuntos delincuentes. Si con esto se cree lanzar una fuerza de convicción irrefragable, no lo es para nosotros, ni lo será de seguro para los que nos acompañan con sus simpatías en la campaña que hace tiempo hemos emprendido desde las columnas de esta Revista en favor de los encarcelados.

Cierto, tristemente cierto, es que somos una nación empobrecida, pero los efectos de esa pobreza ¿se dejan sentir proporcionalmente en todos los servicios públicos, como lo exigirían las más triviales nociones de la justicia y de la buena administración? Veámoslo.

Ocurre en 1858 una cuestión con el imperio marroquí que produce la guerra. El honor nacional está interesado; es preciso enviar allí un ejército para sostenerlo y hacerlo respetar, y aunque somos pobres, se encuentran recursos y hacemos una gloriosa campaña en Africa.

Suscítase mas recientemente una terrible insurreccion en Cuba; para combatirla son precisas tropas y tesoros, y aunque España está *pobre*, hace ya cuatro años que envia allá la flor de su ejército, y que se consumen allí los recursos de aquella riquísima isla, sin venir como antes venian los sobrantes á ayudar al tesoro de la metrópoli.

Formando deplorable contraste con las ideas de fraternidad y de paz universal que tanto se proclaman en el dia, el genio de la guerra perfecciona incesantemente sus instrumentos de destruccion. Buques blindados, fusiles de cien sistemas, cada cual mas mortífero que el anterior, cañones mónstruos de prodigioso alcance y precision son ya una necesidad; y España, aunque es *pobre*, reforma el armamento, blindo buques y procura ponerse al nivel de ese desastroso progreso.

Apodérase del mundo civilizado una fiebre de ferro-carriles; son ya mas necesarios para la vida de los pueblos, que lo eran antes los simples caminos vecinales. Pero son obras costosísimas que requieren crecidas subvenciones ó auxilios del Estado, y el Estado español los ha dado ampliamente..... aunque somos *pobres*.

En Madrid mismo, descendiendo á objetos locales, se necesitan ensanches de calles y plazas que exigen grandes indemnizaciones; paseos y embellecimientos, como el del parque del Ministerio de la Guerra, que cuestan millones; un nuevo edificio suntuoso para biblioteca y museo, presupuestado en 33 millones; un palacio de justicia que costará muchos miles de duros, aunque se utiliza para ello el magnífico monasterio de las Salesas; otro palacio para la Presidencia del Consejo de Ministros, aunque durante muchos años no se consideró preciso; magníficos cuarteles como el de la Montaña; un teatro mas sobre los muchos que habia, y una nueva plaza de toros para que el pueblo compre la diversion de cada tarde con siete mil duros, que representa el lleno del circo..... y todo esto se hace ó se ha hecho ya, apesar de la cacareada pobreza y abatimiento financiero de España.

¡Cómo descifrar el enigma! Si somos pobres, ¿cómo se gasta tanto en cosas que unas son precisas, pero otras distan mucho de serlo, y algunas como la plaza de toros perjudiciales? Si la pobreza no es cual se supone, si hay recursos para esos palacios y esas empresas que requieren muchos millones ¿cómo no los hay para nuevas cárceles que no costarian tanto? Y sea positiva ó exagerada nuestra carencia de los recursos ordinarios de la Hacienda ¿por qué no se plantean para cárceles algunos arbitrios y medios especiales é indirectos, como va á hacerse para el gasto grande que exigirá la Esposicion?

Hace algun tiempo pareció que se pensaba seriamente en esta importante mejora. Se inició el pensamiento de construir una cárcel modelo; se adquirió el terreno al efecto cerca de San Bernardino; se abrió concurso para la formacion de proyectos, y se presentaron algunos que tubimos la satisfaccion de ver en los salones de la Academia de San Fernando; pero tan buen pensamiento ha quedado paralizado no sabemos por qué.

Estableciéronse despues por la ley de 11 de octubre de 1869 bases para la reforma del sistema penitenciario y se nombró una comision de personas importantes para desarrollar el pensamiento sobre esas bases. Aunque consideramos errónea muchas de ellas, saludamos con placer este paso; podian modificarse, y al fin era hacer algo y probar que cuestion de tal trascendencia no estaba relegada al olvido; pero han pasado tres años, y la comision, si ha trabajado algo, no se ha visto resultado alguno de sus tareas.

Un año despues, la *Gaceta* de 6 de diciembre de 1870, publicó un decreto del Regente del reino, mandando establecer una penitenciaría modelo en Alcalá de Henares y creando recursos para ello; pero nada de esto se ha realizado.

¿No es cierto que aflige el ánimo al recorrer la historia de semejante abandono? ¿No hay razon para lamentar, que mientras se piensa en levantar un palacio suntuoso para la Exposición, se prescinda de hacer una modesta casa para los encarcelados?

Una vez mas, sin desalentarnos la ineficacia de anteriores excitaciones, entregamos estas reflexiones al buen criterio de los que pueden atenderlas. Los presos son españoles, son hermanos nuestros, son seres desgraciados: triple carácter que los hace bien dignos de ocupar seriamente la atencion de legisladores y gobernantes.

Antonio Guerola.

LOS ENEMIGOS DE LA CARIDAD.

Por desgracia de los hombres, la caridad, hija del cielo, tiene sus enemigos en la tierra. Nada hay sin lucha para la humana vida. Por entre nieblas de errores se van abriendo paso los rayos de la verdad: por entre abrojos y maleza, que hieren al inocente, han de practicarse los senderos de la justicia: por entre el monton confuso de caprichosos engendros y risibles combinaciones van brotando los tipos amables de la belleza. Y la caridad, que es lo sublime de la bondad humana, vive entre combates, alienta en medio de tormen-

tas y ha de hacer su viaje, la *incansable peregrina*, atravesando huestes obstinadas de los mas sañudos enemigos, con la mirada en el cielo, el pié, con frecuencia desnudo, en la escabrosa tierra, y las manos benéficas en el débil brazo de los extraviados, ó sobre las llagas dolorosas de los afligidos. Así tiene tanto mérito en su árdua carrera: así ciñe á su frente una auréola tan luminosa.

Mas, puesto que hay en el mundo dos milicias, y en la del bien queremos alistarnos, preciso es conocer esos enemigos de la caridad, para mejor combatirlos.

El primer enemigo.

¿Cuál debemos señalar como el primer enemigo de la Caridad? Señalaremos aquel que tenga en su fisonomía los rasgos generales mas opuestos á los de esta hermosa virtud, sublime redentora de los humanos dolores. Ella es tierna, sumisa, flexible: y atenta solo al bien ageno y á la agena alegría, cifra en ella la suya, olvidándose de sí, el que á la caridad tiene por norma. Buscad una condicion dura, rebelde, indomable, que á nada cede ni obedece, á nada atiende, por nadie se inclina, ni sufre contradiccion ni obstáculo en los impulsos de una voluntad exclusiva: esa condicion, que pronuncia á toda hora y contra todo el universo, en las alegrías, en los dolores, en las complacencias, en las contrariedades, el altivo, «á nadie obedezco ni sirvo,» y quiere, como el Júpiter de la fábula homérica, mover el mundo á una señal de su entrecejo, esa condicion es la *soberbia*. Ahí teneis el primer enemigo de la *caridad*: ¡Enemigo encastillado y formidable!

Gerarquía suprema de la vanidad y el orgullo, los absorbe en sí con todos sus amargos jugos. Y no hay que aguardar una lágrima de ternura de los ojos del soberbio; ni una dulce sonrisa de sus labios, ni un acento compasivo de su lengua, ni una mirada protectora, ni una accion de espontáneo y natural desprendimiento. El soberbio atiende solo al dominio de cuanto le rodea, al odio de cuanto rehusa sometersele, á la repulsion de cuanto puede tener influjo sobre su espíritu.

Seco y frio el mandato, rígida la mano, el brazo imperioso, la mirada torva, el ánimo tirante en sus violentas vibraciones, no esperéis de él, ni compasion ni benevolencia, sino vais á formar en las rebajadas filas de su cortejo.

La caridad, que descendió del cielo para buscar en este mundo á los hombres débiles y desdichados; que desciende cada dia de los altos palacios, para andar en busca de las humildes chozas; que

desde el corazón del mas fuerte guerrero vuela al corazón del adversario caído; y de la mente esclarecida del sábio, al tenebroso espíritu del ignorante; y de la espléndida opulencia del rico magnate, á las estrecheces del pobre pequeñuelo; y del virtuoso tranquilo, al agitado pecador; dando á la humanidad entrañas de cariño, y uniéndola con vínculos de paz, y de mútua proteccion; la santa y dulce caridad, al pasar por delante del alcazar del SOBERBIO, *cúbrese el bello y pálido semblante, inclina la noble y magestuosa cabeza, y sin volver atrás la mirada, prosigue á lento paso su triste camino.*

En los corazones ensoberbecidos se levantan borrascas de orgullo, que cubren y azotan y llenan de sucias algas las playas de la caridad. Si por ventura habeis presenciado ó adivinado y comprendido los estragos de alguna de esas borrascas, recordareis que en la mente altiva del soberbio, ceñida del amor propio, erizada de ásperos y punzantes conceptos, como si viviera en habitual estado de guerra, no hay espacio para que brote y germine un sentimiento de ternura y amor hácia los demás. Toda su energía la atesora y la emplea para esa guerra ofensiva y defensiva que lo absorbe, al erigirse en centro de adoracion de sí mismo, y pretender que el resto del mundo, que á ello se niega, se le someta y tambien lo adore.

Como la soberbia en el hombre, cuando se apodera de su alma, fúndase en un extravío de la razon, queda todo en esta, y en los impulsos del sentimiento que á ella obedecen, trastornado y dislocado. El hombre que se reconoce hechura, á la par que todos los demás hombres, y todos los demás séres, escepto uno, que es principio y árbitro necesario de los demás, siente en el fondo de su espíritu nacer pura y vigorosa la santa y sublime humildad: siente crecer en su corazón un afecto elevado de adhesion, gratitud y dependencia hácia el Hacedor Supremo; de amor, de conmiseracion, de confraternidad, hácia los otros hombres, que tienen la misma dignidad, se engendraron en la misma raiz, y sufren las mismas flaquezas, necesidades y luchas, que él en sí mismo experimenta. En ese espíritu no reina la soberbia, que es *reina* despótica y tirana: reina la humildad, que en vez de conturbarlo con violentas agitaciones, lo serena y vigoriza con ese recuerdo constante del alto origen, á que consagra sus homenajes, y al cual pide y del cual espera sus inspiraciones. Y en el corazón, que obedece á tal espíritu, en vez de dominar la hinchada altivez y el seco y adusto exclusivismo, impera la dulce y serena, la tierna y solícita, la incansable y fecunda caridad.

¿Qué será menester para combatir á ese enemigo de esta cardinal virtud de los hombres y de las sociedades?..... Es menester des-

terror del espíritu la ambiciosa locura de sér el hombre lo que no es; la pretension delirante de hacerse un Dios en la tierra la débil y miserable criatura, que rápidamente y cargada de flaquezas y dolores pasa por ella.

El hombre en su corta vida, necesita de continúa ayuda: ha de dar, si quiere recibir, no solo material, sino intelectual y moralmente: necesita de Dios para todo; de los hombres para compañía, consuelo, sostén, consejo, direccion, rectificacion continúa de sus continuos errores, y multiplicacion constante de sus vitales fuerzas, que aisladas sucumbirian. Para su vestido, su sustento, sus viajes, sus variados servicios, ha menester tambien de los demás hombres.—Necesita asimismo del caballo para la carrera y de muchos otros animales que le sirven en la guerra y en la paz. De las plantas saca tambien alimento y medicinas y un inmenso material de construcciones; de los metales, los instrumentos universales de su activa energía; y hasta de la sal, sus condimentos, y de las piedras, la fábrica de sus hogares, instrumento preciso de la civilizacion.

Todo eso demuestra que la ley de la humanidad no es ley de soberbia, de exclusivismo, y de necia dominacion; sino ley de armonía, de amor, de caridad. Todo eso no es necesario enseñarlo, sino solamente recordarlo, porque lo saben todos. Y todo eso basta y sobra, para destruir de raiz en el alma humana (que no esté ciega por la ignorancia, ó enloquecida por el frenesí de las pasiones), esa soberbia, *primer enemigo de la caridad*. Y todo eso basta y sobra para convertir al soberbio en humilde, si ha conservado un resto de razon sana y de claro entendimiento.

Y la caridad dulce y santa, al pasar por delante del alcázar del que fué soberbio, y se tornó en humilde, *descúbrese el bello y animado semblante, vuelve con cariño la mirada, y despues de un sabroso descanso, prosigue con gallardo paso su alegre camino*.

Vosotros todos los que deseais alistaros en la milicia de los buenos, formad en crecientes falanges la legion de los bendecidos; combatid á la soberbia en vuestras almas y en las almas de vuestros hijos; combatid y vencedla en ese teatro de las grandes y fecundas luchas; y habreis dado á la caridad la victoria sobre el primero de sus enemigos.

Carlos Maria Perier.

UN POLVO DE RAPE.

En el tiempo de la emigracion, Coblenza era el refugio de casi toda la nobleza francesa y la corte de Versalles se encontró tras-

portada, digámoslo así, á las orillas del Rhin. Aunque eran muy graves los acontecimientos políticos, los emigrados no se interesaban demasiado en ellos. Al ver la animacion y el movimiento de aquella muchedumbre, que habia trasportado á Alemania todas sus costumbres superficiales y lijeras, se hubiera podido tomar á Coblenza por una villa de recreo, y la reunion de los nobles franceses por una cita de solaz. A pesar de que la posicion de la mayor parte de ellos era precaria y que muchos estaban reducidos á la última estremidad, todos conservaban la alegría, única riqueza que no les fue arrebatada por el movimiento revolucionario. Continuaban dando fiestas como en Francia, haciéndose visitas y jugando hasta el último escudo. La *ruleta* establecida en una casa cuya entrada era pública, atraia especialmente á los emigrados.

Entre el corto número de caballeros que escaparon al letargo general, se encontraba uno que merece mencion particular. Se llamaba Mr. de Roquincourt y su familia, aunque originaria del mediodía, habitaba hacia mucho tiempo la Alsacia, donde él habia nacido. Cediendo á la necesidad que le obligaba á dejar la Francia, el caballero habia aceptado todas las consecuencias de su destierro. La débil suma con que se habia refugiado en Alemania fue colocada por él en manos de un digno banquero de su confianza, y los intereses que de ella recibia, juntos con el precio de algunas lecciones que daba, le permitian subvenir á sus necesidades, haciendo honor á todos sus compromisos.

Esta cordura fue primero tratada de avaricia por los maldicientes y de prudencia comercial por sus mejores amigos; pero cuando vieron que el caballero encontraba medio de socorrer con sus exiguos recursos á los emigrados mas necesitados, sucedió la estimacion á la burla y se convirtió, hasta para los mas aturdidos, en un modelo digno de imitar, aunque inimitable.

Roquincourt merecia esta admiracion. Al arruinarle la revolucion, no habia alterado en nada su caracter: tenia siempre la misma equidad para juzgar á los hombres, la misma simpatía por todo lo que era bueno, la misma piedad para todos los sufrimientos que veia.

—Mis asuntos no son los del género humano decia y este no estará en decadencia porque Mr. de Roquincourt dé lecciones de gramática, decia con frecuencia.

A consecuencia de su sistema de economía, se habia alojado en un arrabal, en casa de una judía que subarrendaba cuartos amueblados á precios moderados. Encima del suyo vivia un joven alemán, llamado Alicio Barker. Era de Neuwied, donde vivia de un

pequeño comercio al por menor, con su madre y una hermana joven, pero un incendio le habia arrebatado súbitamente todo lo que poseia y habia venido á Coblenza con la esperanza de cobrar algunas deudas dudosas que componian en lo sucesivo toda su fortuna. Desgraciadamente todas sus diligencias habian sido infructuosas. Sin conocimientos entre los fabricantes de la ciudad, sin recursos para reclamar ante la justicia, ya desalentado por la desgracia que le abrumaba, no habia sido bastante habil, ni bastante temible para arrancar el pago á deudores de pocos recursos y de mala fe.

Mr. de Roquincourt conocia en conjunto las desgracias de Barker y cada vez que le encontraba en la escalera le preguntaba en qué estaban sus esperanzas; pero no habiéndole visto en algunos dias, ignoraba su ruina y el estado de miseria á que se encontraba reducido el desgraciado joven.

Un dia que volvia de sus lecciones encontró á Alicia en la puerta de la casa con el cartero, que tenia una carta en la mano. El joven la miraba con los ojos humedecidos por las lágrimas, pero sin tomarla; el cartero parecia indeciso.

El caballero se detuvo saludando á Barker por su nombre con un aire de benevolencia que solicitaba evidentemente la explicacion de la turbacion en que le encontraba. Alicia no pareció comprender, pero el cartero se volvió hácia él.

—Puesto que este caballero os conoce, dijo, podria tal vez sacaros del apuro.

—¿Qué hay? preguntó el caballero con amabilidad.

—Es un pequeño apuro, repuso el cartero vacilando: esta carta llega de Neuwied para el señor, el porte es cuatro *silber-groschen*, y se encuentra con que no tiene ese dinero..... encima.

—¿Por qué no hablais? dijo el francés, metiendo rápidamente la mano en su bolsillo.

Pero Alicia le detuvo con un gesto.

—No, dijo con voz entrecortada, no tengo esa suma ni encima..... ni en otra parte; no podré devolvérosela, caballero.

—Ya cuento con eso: os la doy, dijo Roquincourt con el tono mas natural: tomad vuestra carta; puesto que viene de Neuwied, debe ser de vuestra madre ó de vuestra hermana.

Habia pagado al cartero, que se marchó y entregó la misiva á Alicia.

Este, sin fuerzas para darle gracias, abrió el papel y se puso á recorrerlo rápidamente. A medida que avanzaba en su lectura, se alteraban sus facciones; al fin se detuvo lanzando una exclamacion dolorosa.

—¿Habeis recibido alguna mala noticia? preguntó el caballero, que habia continuado subiendo la escalera y que se detuvo al grito del joven.

—¡Ah! ¡Esta desgracia nos faltaba! balbuceó Alicia, que se golpeaba desesperadamente la frente con la carta.

—¡Por favor! ¿Qué hay? ¿Qué os anuncian? preguntó Roquincourt bajando rápidamente las escaleras para colocarse junto á Barker.

—Si supiérais, dijo este ahogado por las lágrimas; han hecho vender allá abajo lo que quedaba á mi madre y á mi hermana: las dos están ya sin abrigo y sin pan.

El caballero hizo un ademán de sorpresa y de aflicción.

—Y me llaman en su ayuda, continuó Alicia, á mí, que no he podido ni aun pagar el porte de esta carta! ¡En su ayuda, cuando estoy, como ellas, sin recursos y sin esperanzas!

El francés trató de calmar á Barker y lo hizo entrar en su cuarto para interrogarle minuciosamente. La exaltación del dolor hizo al joven mas comunicativo que de ordinario. Explicó á Roquincourt cómo el fuego habia destruido todo lo que encerraba la pequeña tienda que él y su madre hacian valer. La pérdida ascendia á mil doscientos *thalers*, que formaban toda su fortuna y que en adelante les era imposible reemplazar.

A medida que entraba en estos detalles parecia crecer su desesperación. Pintando al caballero la espantosa situación de su madre y de su hermana, la veia él mas claramente; se indignaba de su impotencia para socorrerlas; acusaba al cielo y caia cada vez mas en esa embriaguez del dolor, que es el supremo infortunio de los desdichados. Roquincourt comprendió que todos los consuelos serian inútiles; lo que era preciso en aquel momento para levantar el alma abatida de Alicia eran realidades, no esperanzas.

El caballero era demasiado pobre para acudir por sí con eficacia al socorro del joven: las necesidades de algunos compañeros de destierro habian ya disminuido sus recursos; lo que podia hacer era demasiado poco para sacar á Alicia del abismo de desesperación en cuyo fondo acababa de caer. Era preciso, pues, recurrir á una generosidad mas opulenta. Roquincourt, tomó en el acto su partido. No teniendo nunca que pedir para sí, era atrevido para pedir para los otros y las negativas le afligian sin humillarle. Dirigió al joven algunas palabras de consuelo, le prometió ocuparse de él y tomó el camino del hotel habitado por el vizconde de Rouillac.

Ayudado por un hombre de negocios, que por medio de una venta simulada habia sabido preservar de la confiscación el domi-

nio de Rouillac, el vizconde disfrutaba en el destierro de toda la fortuna que le habia dejado su padre, pero la usaba con una liberalidad que no permitia ni aun la envidia. Lo importante era llegar en el buen momento y antes que sus gustos dispendiosos se hubiesen arrojado como una bandada de pájaros sobre la dorada cosecha que le llegaba de Francia todos los meses.

Roquincourt lo sabia y así apresuraba el paso con la esperanza de presentarse antes que algun otro solicitante, que tal vez estuviese en camino como él en aquellos momentos: pero en el hotel le dijeron que el Vizconde no habia vuelto desde por la mañana y que debia encontrarse en la *ruleta*. Aunque el caballero profesaba un horror particular á las casas de juego y no habia nunca traspasado su umbral, le parecieron las circunstancias demasiado apremiantes para que le detuviera esta repugnancia. Mr. de Rouillac podia estar en buena vena, como le sucedia con frecuencia, y en este caso no habia duda de que escucharia favorablemente su peticion. El noble alsaciano se decidió, pues, á entrar en la sala, donde una gran parte de la nobleza emigrada se agolpaba al rededor del tapete verde. En seguida divisó al Vizconde comprometido en una partida muy animada. Los *federicos* de oro formaban delante de él pequeños montones movibles y sonoros, á los que se veia sucesivamente crecer y disminuir.

Al ver al caballero, Mr. de Rouillac hizo un gesto de sorpresa.

—¡Dios me perdone! Es Roquincourt, exclamó; ¿qué prodigio puede traer á nuestro Caton á esta caverna?

—Os buscaba, respondió el caballero.

—Al momento soy con vos, respondió el Vizconde; no me quedan mas que dos ó tres mil *federicos* que perder.

—Guardadme algunos antes, dijo el caballero mas bajo.

—¿Teneis necesidad de ellos? replicó el Vizconde; si, querido, tomad lo que os haga falta.

—Poco á poco, interrumpió un señor gordo aleman que estaba detrás de Rouillac; es preciso que primero sigamos la vena.

—¡Ah diablo! Olvidaba que el Baron de Aremberg es mi asociado, dijo el joven, pero yo os daré cuenta de lo que tome de aquí.

—No, no, exclamó el aleman con insistencia; no hay que tocar nunca el dinero del juego; eso llama la desgracia. Que ese caballero espere un momento.

Roquincourt se inclinó en señal de consentimiento y el juego continuó.

Pero se hubiera creido que la llegada del caballero habia cambiado bruscamente la suerte. Mr. de Rouillac, que estaba en ganan-

cias, empezó á perder sin interrupcion y en menos de un cuarto de hora todos los *federicos* desaparecieron de su lado.

Así despojado, el Vizconde se levantó sin mostrar ninguna emocion, se escusó con Roquincourt, mando arrimar su coche y partió.

El caballero permaneció en el mismo sitio, triste, desanimado y con los ojos fijos en el fatal tapete verde que acababa de tragarse la salvacion y el consuelo de Alicia.

El Baron de Aremberg no habia imitado la prudente retirada del Vizconde y se obstinaba en jugar con esa tenacidad peculiar de las razas del norte. La suerte pareció querer recompensar su persistencia con una vuelta inesperada. Los montones de oro comenzaron de nuevo á formarse delante de él y á medida que crecian, recobraba la palabra el taciturno aleman.

—Ya os habia yo dicho que el tomar dinero del juego llamaba á la desgracia, dijo volviéndose á Roquincourt, que miraba con aire taciturno; la sola intencion que ha tenido el Vizconde de tomar alguno, ha hecho que la suerte se vuelva contra él.

—Entonces será inutil que os pida lo que él no ha podido mas que proyectar.

—¿Qué? ¡Yo dar dinero del juego! exclamó Aremberg.

—Es para una buena obra, señor Baron, objetó Roquincourt; se trata de salvar á uno de vuestros compatriotas.

—Aunque fuera mi hermano, caballero, aunque fuera mi padre, no quitaria de ahí ni un *federico*, interrumpió el aleman. El dinero del juego es sagrado; pertenece al juego. Ved, la suerte se sostiene; todos los golpes me salen bien ahora.

Un nuevo *aluvion* de oro acababa, en efecto, de añadirse al monton colocado delante del Baron. El caballero no pudo contener un gesto de despecho; comparaba mentalmente la suerte del aleman á la del Vizconde y se indignaba de esta injusticia de la fortuna.

Mr. de Aremberg notó su ademan.

—¿Envidiais mi suerte? dijo con la risa de los afortunados.

—No por mí, respondió Roquincourt, sino por tantos desgraciados á quienes una pequeña parte de ese oro podria consolar.

—¡Ah! Es verdad, replicó el Baron; olvidaba que sois el S. Vicente de Paul de la emigracion. ¡Pardiez! ¿Por qué no dais algunos golpes en provecho de esos pobres? probad la suerte como yo.

—Siempre he temido y evitado el juego, señor Baron.

—Razon de mas: vuestra suerte no está cansada: se gana siempre la primera vez; es un axioma.

—No tengo confianza en los favores de la fortuna.

—¿No los habreis buscado?

—Es verdad.

—¿Por qué prejuzgar entonces?

—¿Y si pierdo?

—¿Y si ganais?

El caballero no respondió; pero se sintió vencido por las palabras del Baron, y aún mas por la vista de los *federicos*, que continuaban creciendo á medida que jugaba este. Despues de todo bastaba con una buena racha, con dos ó tres golpes felices. Un *thaler* arriesgado sobre el tapete verde podia darle en pocos minutos la suma necesaria para devolver la calma á Alicia. La tentacion era grande é hizo á Roquincourt llevar la mano instintivamente á su bolsillo; pero la exigüidad de su capital que resbaló entre sus dedos contuvo su deseo, y mirando tristemente la mesa, exhaló un suspiro.

Mr. de Aremberg que le observaba movió la cabeza.

—Y bien, caballero, exclamó irónicamente; ¿qué diablos haceis en vuestro bolsillo?

Roquincourt se ruborizó y sacó bruscamente una tabaquera de concha en cuya tapa estaba el retrato de su madre.

—¡Ah! ¿No jugais? dijo el Baron; yo creia haberos convencido. ¿Qué arriesgais con esponer algunos *federicos*?

Roquincourt hubiera podido responder, pero se contentó con un movimiento de hombros y abrió su tabaquera: la impertinencia del Baron le atacaba los nervios.

—Vamos, dijo este con tono burlon, puesto que desconfiais de vuestra suerte, no hablemos mas de esto, y dadme un polvo.

Alargó la mano hácia la caja del alsaciano, el que hacia ya un movimiento para acercársela, cuando un pensamiento repentino atravesó su espíritu y la retiró cerrándola apresuradamente.

—Y bien, dijo con asombro el aleman que continuaba con el brazo estendido.

—Dispensadme, señor Baron, dijo con seriedad Roquincourt, pero cada uno tiene sus máximas: las vuestras os prohiben dar nada cuando jugais, y las mias me imponen lo mismo cuando miro.

—¿Cómo! ¿Es una broma?

—De ninguna manera.

—¿Me reusais un polvo de rapé?

—Reuso dároslo, señor Baron.

—Es decir que hay que comprarlo.

—Si podeis.

El Baron se echó á reir.

—¡Vive Dios! Es curioso, exclamó; un noble trasformado en mercader de rapé. ¿Y cuánto pedís, querido?

—Un *federico*, señor Baron.

—¡Un *federico!* es una usura

—Es una especulacion.

—¡Qué, por un polvo!

—¿Qué importa el objeto? Todos los economistas os dirán que el precio de la venta no depende solo de la cosa vendida, sino tambien de las circunstancias. ¿No se han visto ratas pagadas á peso de oro en las ciudades sitiadas? Y los viajeros extraviados en Sahara, ¿no darian una perla por un vaso de agua?

—¿Y me creéis en una posicion análoga?

—Con corta diferencia, porque os he visto ahora mismo buscar en vano vuestra caja y no podeis dejar el juego para mandarla pedir; tengo, pues, en este momento vuestra nariz en mi dependencia y no es abusar de mi posicion, sino solamente usar de ella, pediros un *federico*.

—¡Pardiez! Os lo doy por lo curioso del hecho, dijo Mr. de Aremberg riendo.

El caballero le tendió su caja.

—No he ajustado mas que un polvo, continuó el aleman sumergiendo sus dedos en ella; pero mis ganancias me autorizan para hacer algun despilfarro: tomaré dos, y ahí teneis los dos *federicos*.

—Dejadlos sobre el tapete, dijo Roquincout, esa será mi puesta.

—¿Los arriesgais á un solo golpe?

—A uno solo.

El juego continuó y el francés ganó.

Retiró en seguida las tres cuartas partes de lo ganado, y arriesgó un nuevo *federico*, que perdió; luego arriesgó dos, con los cuales recobró el doble de lo que acababa de perder. Las mismas alternativas se renovaron en los juegos siguientes, unas veces contrarias y con mas frecuencia favorables. El caballero seguia el juego con una curiosidad inquieta, que se hubiera tomado por la avidez del jugador; pero al fin contó los *federicos* que tenia delante, los envolvió en un solo cucurucho y se levantó: ¡tenia los mil doscientos *thalers!* Atravesando rápidamente las salas, ganó la calle.

Se habia hecho de noche y el caballero empezó á correr, atravesando así las calles, cubiertas de lodo y sucios charcos. Su corazon latia con violencia al pensar en la felicidad de Alicia y llegó jadeando, tanto por su alegría como por su carrera.

Franqueó rápidamente los tres tramos que componian la escalera, y corrió á la puerta de Barker: ¡estaba cerrada! Bajó á su propio cuarto, esperando que el joven habria permanecido allí despues de su partida, pero estaba vacío. Iba á dirigirse al ama de la

casa para saber dónde estaba Alicio, cuando apercibió una carta sobre su mesa. La tomó, miró la letra, que le era desconocida, y la abrió.

No encerraba mas que las siguientes líneas:

«Me habeis dicho que espere, pero me faltan las fuerzas para
»esperar mas; hasta Dios me abandona. No puedo prestar ningun
»auxilio á mi familia y no tengo valor para soportar la vista de sus
»dolores. Adios, pues, á vos que habeis tenido compasion de mí, vos
»que me habiérais socorrido, si la buena voluntad supliera á la ri-
»queza. Pero la Providencia se parece á los hombres; no protege
»mas que á los felices.»

«Alicio Barker.»

Esta carta espantó al caballero; anunciaba una resolucion funesta, que tal vez ya no era tiempo de prevenir. Corrió á preguntar al ama de la casa si habia visto á Alicio; la judía afirmó que no habia salido y Roquincourt volvió á subir precipitadamente hasta la boardilla. La puerta, cerrada por dentro, no resistió mucho tiempo á sus esfuerzos; pero apenas la hubo abierto quedóse horrorizado en el umbral: el aleman estaba tendido en el suelo, con la cabeza apoyada en una de sus manos y un brasero de carbon encendido á sus pies.

Roquincourt se lanzó hácia él, le levantó en sus brazos y le puso delante de la ventana, que la judía habia abierto ya. La axfisia felizmente no era completa; los cuidados prodigados al joven le reanimaron. Recobró poco á poco los sentidos y paseó una mirada vaga y extraviada sobre los que le rodeaban; pero á la vista del francés todos sus recuerdos se despertaron; se enderezó bruscamente, dió un grito y juntando las manos:

—¡Ah! ¿Por qué me habeis vuelto á la vida? balbuceó con acento desesperado.

—Para probaros que Dios no os ha abandonado, dijo Roquincourt, enseñándole el cartucho de *federicos*.

Alicio pareció herido por una conmocion eléctrica.

—¡Oro! exclamó.

—Aquí hay mil doscientos *thalers*, replicó el caballero; justamente la suma que habeis perdido; llevadla pronto á vuestra madre y acordaos otra vez de que la Providencia no protege solo á los felices.

No intentaremos pintar la alegría de Barker; hay emociones demasiado fuertes para poderlas traducir á palabras. Curado por la felicidad, partió al dia siguiente para Neuwied, donde recobró la pequeña tienda, con cuyas ganancias habia vivido, y que le volvió á proporcionar la holgura y la tranquilidad.

En cuanto á Roquincourt, volvió á entrar en Francia algunos años mas tarde, recobrando una pequeña parte de sus bienes, que bastaron á satisfacer sus gustos sencillos, y con los cuales todavía encontraba medio de auxiliar á otros mas pobres que él; porque, como decia muchas veces, la buena voluntad centuplica los recursos, y aunque no se posea mas que un polvo de rapé, se puede todavía salvar á una familia.

(Traducido por P. T.)